

por las relaciones de los soldados que habian vuelto de París y por los labradores que llegaban á los mercados, que se habia fusilado á un príncipe Borbon, en los fosos de Vincennes.»

M. Thiers concluye así:

«El consejero de Estado, estenuado de fatiga por un trabajo de muchos dias y muchas noches, habia prohibido á sus criados que lo despertaran. La orden del primer cónsul no le fue entregada hasta las cinco de la mañana. Llegaba, pues, pero sobrado tarde. No fue esto una trama urdida, como se ha dicho, para sorprender en un crimen al primer cónsul; nada de eso. Fue un accidente, un puro accidente lo que quitó al infortunado príncipe la única esperanza de salvar la vida y al primer cónsul una feliz ocasion de quitar una mancha de sangre á su gloria.»

El historiador del *Consulado y del Imperio* añade á esta esplicacion estas bellas palabras:

«Deplorable consecuencia de la violacion de las formas ordinarias de la justicia! Cuando se violan estas formas sagradas, inventadas por la esperiencia de los siglos para librar la vida de los hombres del error de los jueces, se está á merced del azar, de una ligereza! La vida de los acusados, el honor de los gobiernos dependen algunas veces de la circunstancia mas fortuita. *No hay duda que el primer cónsul habia tomado su resolucion;* pero se hallaba agitado, y si el grito del infortunado Condé, pidiendo la vida hubiera llegado hasta él, este grito no le hubiera encontrado insensible; hubiera cedido á su corazon y hubiera sido glorioso ceder á él.»

Por lo demás, salvo algunos detalles de forma, la narracion de M. Thiers está perfectamente de acuerdo con lo que resulta de las indicaciones suministradas por las mas graves autoridades.

«Su presencia provocó una escena de dolor. Al verle Mad. Bonaparte, adivinó que todo estaba terminado, y se puso á derramar lágrimas. M. de Caulaincourt lanzaba gritos de desesperacion, diciendo que se habia querido deshonrarle. El coronel Savary penetró en el gabinete del primer cónsul, que se hallaba solo con M. de Meneval. Se dió cuenta de lo ocurrido en Vincennes, y el primer cónsul le preguntó en seguida: ¿No ha visto Real al prisionero?—No bien acabó el coronel su respuesta negativa, cuando pareció M. Real y se escusó temblando de la inejecucion de las órdenes que habia recibido. El primer cónsul, sin espresar aprobacion ni censura, despidió estos instrumentos de sus voluntades, se encerró en una pieza de su biblioteca, y permaneció allí solo durante muchas horas.

»Por la noche comian en la Malmaison algunas personas de su familia. Los semblantes estaban graves y tristes: nadie se atrevia á hablar, y nadie habló. El primer cónsul se hallaba silencioso como todo el mundo. Este silencio llegó á ser embarazoso; de manera que lo rompió el mismo Bonaparte al dejar la mesa. Como acababa de entrar Fontanes en aquel momento, llegó á ser el único interlocutor del primer cónsul. Hallábase espantado del acto cuyo rumor se difundia por París, pero no se atrevió á dar su parecer en el sitio en que se encontraba. Oyó mucho, y

respondió muy raras veces. El primer cónsul hablaba casi siempre, y tratando de llenar el vacío que dejaba el silencio de los demás, discurrió sobre los príncipes de todos los tiempos, sobre los emperadores romanos, sobre los reyes de Francia, sobre Tácito, sobre los juicios de este historiador, sobre las crueldades que por lo comun se atribuyen á los jefes de los imperios, cuando no han cedido mas que á necesidades inevitables, y llegando al fin, despues de largos discursos al trágico acontecimiento del dia, pronunció estas palabras: Se quiere destruir la Revolucion atacando mi persona; mas yo la defenderé, porque yo soy la Revolucion. Desde hoy se mirará lo que se hace, porque se sabrá de *qué somos capaces.*»

De esta vigorosa pintura solo tenemos que suprimir los gritos de desesperacion de Caulaincourt. No eran permitidas tales demostraciones en la Malmaison, y habia aun otra razon mejor para que no representara tal escena en la de Caulaincourt. Hallábase (el 21 de marzo) en Luneville. *El Diario de París* del 9 germinal (27 de marzo) anunció que el general Caulaincourt acababa de partir para Strasburgo el 29 del ventoso (20 de marzo). Despues han acreditado cuatro testigos la presencia de M. de Caulaincourt en Luneville, el 21 de marzo.

Referido por M. Renl el fatal yerro, el primer cónsul que habia prestado á su relacion una atencion profunda, dió algunas vueltas por su gabinete, con los ojos fijos y la frente sombría; despues, volviéndose hácia MM. Real y Savary:—*Está bien*, dijo, y salió, dejándolos, dice M. de Meneval, sorprendidos y turbados de su silencio. ¡*Está bien!* Esta palabra de Bonaparte á vista de un hecho brutal, irremediable, fatal, espresion de pesar impotente, segun tantos testigos honrados y sensatos, se convierte bajo plumas enemigas en «la satisfaccion del matador que se complace y aplaude á sí mismo.» Mas adelante veremos como prestó flanco á estas odiosas injusticias el mismo Napoleon con su conducta y sus palabras.

No obstante, era preciso ocuparse de la opinion pública y esplicarle un suceso tan grave. El primer cónsul hizo pedir á Murat, á MM. Real y Savary todas las piezas del interrogatorio y del juicio. Hé aquí la correspondencia que se entabló con este motivo.

París, 30 del ventoso del año XII de la República.

El consejero de Estado, encargado especialmente de la instruccion y série de todos los asuntos relativos á la tranquilidad interior de la República.

Al general de brigada Hullin, comandante de los granaderos de la guardia.

General,

Os ruego que me trasmitais la sentencia dictada esta mañana contra el ex-duque d'Enghien, así como los interrogatorios que se le han hecho.

Os quedaré obligado si se los entregais al agente que os dé esta carta.

Tengo el honor de saludaros,

REAL.